

## LXII.

Siguieron ambos silenciosos y preocupados, hasta llegar á la administracion de los *ómnibus* que partian en aquella época para San Angel.

Por la primera vez se levantaba en medio de los dos jóvenes ese vapor de una ligera reserva, que como un nublado tenue, impide verse de una manera absolutamente clara, franca y detallada.

Antonio sentia clavada en el corazon no sé qué espina que le punzaba levemente, pero que no dejaba por eso de ofenderle.

Máximo, que le habia puesto al tanto de sus mas íntimos secretos, que le habia hecho un absoluto confidente de toda su vida, sin callarle la historia de ninguno de sus placeres y de ninguno de sus dolores, confiándole hasta las mas ocultas *poridades* de familia; Máximo le habia *reservado* qué sé yo qué capricho, qué historia ó qué sentimiento.

Habia visto una tarjeta fotográfica, misteriosa y que algo raro significaba.

No tenia duda, pues que de otra manera su amigo no se hubiera ruborizado tanto, ni en tan alto grado se habria preocupado al sorprenderle contemplando aquella especie de naípe encantador que venia *á la puerta* con un secreto ó con un misterio.

Aquella muchacha era divina.

Pero lo raro era que, segun la fotografia, aquella linda joven era una especie de *lyonne*, un tipo enteramente aristocrático, un ser femenino de las altas regiones sociales, y Máximo era un pobre jovencito, lleno de aspiraciones, proyectos y pensamientos áureos; pero sin mas resultado hasta entonces que un raquíptico sueldo y una posicion casi miserable.

—No puede ser su prima—decia lleno de conviccion;—tampoco puede ser su novia ni su querida. Se necesitaba que estuviera loca una mujer como parece ser esta, para enamorarse de Máximo, que no está en disposicion de llevar al cabo nada formal.

Pero es indudable: Máximo está enamorado.

Uno de esos amores, una pasion acaso, de esas sin esperanza, que es preciso callar eternamente por no ponerse en ridículo.

Y por eso no me habia dicho nada, y se ha mortificado tanto al verme sorprender á medias su secreto, y temiendo que llegase á comprender, ó por lo menos á sospechar algo.

¡Pobre Máximo!.....

Pero me engaño.

¿Qué objeto ha llevado al engañarme?

¡Su prima!—¡Qué ocurrencia!

Teme sin duda Máximo que yo me burlé de sus sentimientos, que no comprenda su valor, que no sepa respetar un amor desgraciado, un amor sin esperanza.....

Mal hecho, muy mal hecho. No debia yo perdonar esto.

Pero tampoco provocaré una confidencia, no seré el primero en volver á hablar de esa mujer ni de ese retrato.

¡Oh! es hechicera y elegante.

¡Pobre Máximo!.....

No contarme *á mí* todo esto, es una tontería que no se puede explicar.....

Preocuparse tanto y mortificarse de tal manera porque un amigo, un hermano sorprende alguna historia del corazon....

¡Ah! es una atrocidad.

Yo se lo hubiera contado todo desde el principio.

Pero ¡qué brazos de mujer!... y qué manos, y qué boca... y qué cuello!.....

Este desgraciado debe de estar medio loco.  
Es seria y apacible como una Juno.  
Muy decente, pero muy voluptuosa.  
Si la carita no tuviera un aire tan distinguido, sería esa mujer una ramera.

Pero una de esas ramera muy caras, que no se adquieren sino mediante raudales de oro.

Y esto no podría ser para Máximo.....

La cara dice: «condesa, reina, serafin.»

Las formas explican: Vénus, voluptuosidad, placer.....

¡Qué mirada!

Tiene ojeras.

Debajo de los ojos hay unas sombras prolongadas, magníficas.

Esta muchacha debe de haber sido formada para amar como Sapho y para gozar como Cleopatra.

Tal vez Máximo haya comprado esta fotografía como una curiosidad, por afección á lo raro y por amor á lo bello.....

El amor á lo bello suele ruborizar á algunos hombres que pretenden aparentar cierta austeridad de carácter y cierta energía de espíritu.

Y esto tal vez sea la causa de la mortificación de Máximo.

O quizá pretendió hacerme comprender ó sospechar que está en relaciones con una muchacha así.....

¡Fátuo!..... ¿Con qué?.....

De todos modos, yo quisiera saber en dónde vive esta muchacha.

El original debe de ser un querubin en toda forma.

Pero no debo ni puedo preguntárselo á este.

¡Quién sabe!..... puede ser que.....

¡Pero si me parece imposible!

Será preciso poner mucho cuidado, con mucho disimulo, para procurar averiguar si este guarda cartitas ó cabellos.....

¡Había de ser tan afortunado!.....

¡Su prima Isabel!.....

No lo creo; no hay tal prima.

Esto no puede ser mas que una *muchachada*, «cosa» que me parece lo mas probable, ó un secreto amoroso, lo cual me parece muy difícil, aunque no inverosímil.

A este tiempo llegaron á la administracion ó expendio de billetes.

Máximo entró á comprar los de ambos, y pocos minutos despues partia el ómnibus para «San Angel.»

San Angel es un nido de ilusiones, una página de recuerdos, un recinto de placeres.

Las inscripciones puestas en los árboles y en las rocas del *Cabrio*, son toda una historia del corazon.

El aire de San Angel acaricia.

Las muchachas sienten allí que el aire, manso y perfumado, pasa por sus cabellos, y con ellos juega como una mano invisible, pero amorosa.

Los céfiros que vuelan por los jardines de San Angel, tienen no sé qué de malicioso y enamorado.

Es delicioso ver cómo se arrastran por el suelo para levantar el traje de un grupo de jóvenes que pasean y besarles los piés.

Qué sé yo qué suspiran al oido de las muchachas; pero es tan suave y armonioso, que parece una galantería.

El viento está plenamente autorizado para murmurar flores, dar besos y hacer las mas indiscretas coqueterías con las jóvenes mas candidas é inocentes.

No sé qué cambio extraño hemos notado siempre operarse en los verjeles de ese pueblo tan colmado de brisas y de perfumes.

Nos ha parecido siempre que allí las mujeres se vuelven flores:

Que las flores se vuelven mujeres.

Es aquello el *corredor* lleno de tientos de esta gran casa de vecindad que se llama México.

Es aquello una especie de página color de rosa, en donde no dan ganas de escribir mas palabras que estas:

« Amor. »

« Ilusiones. »

« Placeres. »

¡ Levantad la vista !

*El circular* está en el cielo.

Hay allá arriba una inmensa custodia de oro, y el templo de la creacion está empavesado.

Todo es nubes, aves, matices y colores.

Nubes que vuelan, blancas é incandescentes, como si fueran las aladas falanjes de los « espíritus puros » de los ángeles de la pureza, revestidos de blondas y tisú, para bajar « á traer y llevar recados *Suyos.* »

Aves inundadas de éter y embriagadas de luz, cuyo canto, posadas en las gigantescas ramas de los árboles, es un epitafio en loor de las perpetuas nupcias de la creacion, y cuyo pío entre las nubes debe formar el *Tu solus Sanctus. Tu solus Dominus, &c.*

En el verjel todas las flores reunen sus aromas para formar un solo aroma:

Todas las fuentes adunan sus rumores para formar un solo rumor:

¡ Todos los céfiros se exhalan como sollozos de una Teresa de Jesus.....

Todo vuela al cielo.

No sé qué manos invisibles vienen á imprimir á las rosas y á las gardenias, suaves é irregulares oscilaciones, y las flores se agitan desatadas como pequeños incensarios de púrpura.

¡ Oh! separaos un momento del mundo é id unos momentos al campo.

Alzad el alma y los ojos.

El Divinísimo está patente:

¡ Orad!.....

En San Angel se ora, se ama, se piensa en el cielo, se piensa en la tierra, se sueña, se delira, se desea.....

Sin duda alguna fué plantado allí un renuevo del árbol de la fruta del bien y del mal, porque allí Eva es irresistible.

Nuestras jóvenes se estremecen de placer al oír pronunciar las palabras San Angel, como si escucharan la palabra Paraíso.

La ciudad, ó como decimos todos, *el centro*, es sombrío.

En *el centro*, la imaginacion no puede improvisar mas que *baladas de salon*, lo cual es un absurdo por lo mismo que es un contrasentido.

Las calles de la ciudad no pueden ofrecer á la fantasía otra cosa que fantasmas.

Las flores no pueden dar mas que flores.

Algunas temporadas nuestras beldades se fastidian de la joyería y van al jardin.

Aprisionan los diamantes en el estuche y prenden rosas entre sus cabellos.

Los diamantes dan brillo á las mujeres.

Las rosas les dan hermosura.

« Una cabeza de mujer, con flores, » es algo muy bello.

Es una rosa con botones.

Quando se desliza una margarita, una acacia ó un feston de madreselvas, de la parte posterior del peinado de una mujer, parece que la mujer *retoña*.

Parece que la mujer piensa en cosas muy bellas, y sus pensamientos brotan del cerebro de la beldad en forma de rosas.

¿ Qué se dirán á solas las flores y las mujeres? »

Deben decirse confidencias, deben de hablarse de amores.

Las mujeres son las flores de la vida.

Las flores son las mujeres del platónico idealismo.

¡Qué sé yo si las gotas de rocío son las lágrimas ó los diamantes de las flores!.....

San Angel tiene flores y tiene mujeres.

Cae allí el rayo del sol como el beso frenético de un enamorado turco sobre los labios de coral de una sílfide andaluza.

El sol, este rey *dandy*, se levanta en Oriente de su lecho de nubes, entre cinco y seis de la mañana.

Los árboles y los montes se cubren de penachos de oro, y todas las alturas se ostentan brillantes y magníficas como una inmensa joyería.

La esposa Naturaleza despierta fresca, hermosa y rica.

Se siente feliz y goza.

Al despertar del astro rey, saltan por todas partes como puñados de topacios y esmeraldas, los colibrís, esos chupadores de miel, esos seductores de las flores, inestables, vertiginosos y rápidos como el placer.

La rosa desata su cáliz púdico al beso del colibrí, estremeciéndose ante los ígneos cambiantes de esta volante piedra preciosa que baja á *montársele al aire*, de esta ave enamorada y elegante, ébria de felicidad, ardiente, bella y trémula como el deseo fugitivo é inconstante, como los placeres de la vida.....

El colibrí es al mismo tiempo el amante, la joya y el «amorcillo» de la flor.

Cuando vemos un colibrí temblando sobre el blanco pétalo de un lirio, nos parece ver una magnífica sortija lanzando fantásticos cambiantes desde el dedo de una linda mano.....

Nuestros jóvenes descendieron en la plaza del pueblo, y siempre pensativos y reservados, y por una de tantas veredas curvas y estrechas, se dirigieron hácia el *Cabrío*.

El follaje estaba lleno de verdura y lozanía.

Por todas partes caian sacudidas hojas de árbol y gotas de agua.

Las lagartijas de negros ojillos huían y se ocultaban al paso de los dos cazadores.

Las abejas, zumbando, hacían en torno de ellos giros continuos é irregulares.

La cascada precipitaba estrepitosamente sobre el río sus anchos raudales de plata, y las mariposas formaban en el espacio un agitado y extraño jardín.

Bajo aquel cielo diáfano y puro, en medio de aquella vegetación admirable, de aquella agua, de aquel fuego, de aquellas rocas, en medio de aquellos *reinos*, en fin, nuestros jóvenes iban muy distantes por cierto de aperebirse de su soberanía de reyes de la creación, y mucho menos de ejercerla.

Ambos iban dominados por un mismo pensamiento.

Este pensamiento era una mujer.

Para el uno, aquella mujer era una especie de anónimo femenino, encantador, bello, magnífico, pero trunco, apagado, y del cual solo había podido formarse una idea.

Para el otro, no sabemos aún lo que aquella mujer, aquel anónimo, podían significar.

No habían vuelto á pronunciar una sola palabra sobre el asunto.

Sin duda el asunto era poco abordable ó muy delicado.

Parecían huir ambos de lo que se llama reanudar una conversación ó tomar la iniciativa.

Eran cazadores; pertenecían formalmente á un *club*, y muy á menudo salían á pequeñas expediciones de resultados mas ó menos felices.

Aquella mañana parecieron ambos olvidar completamente que eran cazadores y que habían salido á cazar.

Pasaron ambos del lado de la fábrica que está inmediata al Cabrío.

Apoyaron las escopetas contra el tronco de un árbol añoso y se sentaron á su sombra.

La naturaleza estaba espléndida, el sol magnífico.

Máximo suspiró.

Antonio suspiró también.

Se vieron mutuamente, y los dos á un tiempo empezaron á reír estrepitosamente, sin saber por qué.

Era difícil empezar una conversacion. Esto sucede muy á menudo, sin que sepan dos interlocutores por qué efectivamente retardan serlo.

Parecía que habian ido allí para oír los soplos de las brisas, los rumores de las cascadas, los zumbidos de las abejas, y nada mas.

Cada uno de ellos sostenia una *acalorada* conversacion con la *acalorada* naturaleza, y no podian por tal causa sostenerla mutuamente.

Muchas y diversas aves cruzaban por allí, á tiro y en vuelo mas ó menos tarde.

Pero decididamente aquellos jóvenes cazadores tampoco tenían ganas de cazar.

Se comprendia que á todo habian ido allí, menos á eso.

Un cuarto de hora mas de tal situación, y el fastidio hubiera penetrado necesariamente en aquellas dos almas reclinadas *sub tegmine fagi*.

Repentinamente Máximo hizo un movimiento brusco, y Antonio pudo ver que su semblante adquiria cierta animacion.

Ambos se quedaron oyendo y sin pestañear.

Detrás de uno de los casucos inmediatos al Cabrío, se escuchaba el agradable parloteo de un grupo de mujeres, que aparecieron á los pocos momentos.

Eran, en efecto, cinco ó seis muchachas ligera y elegantemente vestidas, que paseaban por allí cortando flores, y sacudiendo las ramas de los árboles para que cayeran las frutas, que recogian alegremente.

Se dirigieron todas por el lado en donde se hallaban sentados ambos jóvenes.

Iban sin duda á pasar por allí.

Máximo estaba purpúreo.

Antonio quiso incorporarse; pero su compañero le retuvo en el mismo sitio, diciéndole imperiosamente:

—No te muevas, *estate* quieto.

Y Antonio obedeció esta prescripcion maquinalmente, volviendo á sentarse.

Las jóvenes guardaron silencio al acercarse á aquel lugar.

Una muchacha como de veinticuatro ó veinticinco años, morena, de magníficos ojos negros, levemente pálida, pero con unos labios rojos y bellos como una acacia en capullo, se habia quedado la última.

Al distinguir á Máximo, su rostro se coloreó levemente bajo una instantánea alborada de pudor.

Al pasar junto á los dos muchachos, todas inclinaron ligeramente la cabeza.

La joven morena dió un corto rodeo, y tomando por un fragmento de senda lleno de piedras, troncos muertos y escombros, fué á unirse con sus compañeras que la esperaban.

Pasó cimbreando su talle esbelto, elegante, magnífico, y recogiendo su trage con un movimiento fácil y natural, aunque no exento de coquetería.

En este momento dirigió una fugitiva sonrisa y un saludo á Máximo.

Antonio vió de un golpe aquellos ojos seductores, aquella sonrisa llena de perlas y coral, aquel busto majestuoso, aque-